

SIGO SIN SABER

Claudia Daniela García
Bustamante

Mi vaso se ve triste, miro a Franco y él le echa alegría, al mío y al de él.

Vemos cómo nuestros hielos reciben un baño de whisky, y el departamento, sin más luz que la de la chimenea, parece ser el lugar más acogedor del mundo.

—¿Alguna vez has tenido relaciones? —me pregunta Franco y le da un sorbo a su vaso. Yo niego, niego varias veces con la cabeza y me ruborizo, me da vergüenza, pero Franco es mi mejor amigo y no le puedo mentir.

—Pero creí que... ¿y todo esa historia de Mateo? ¿No era verdad? —me mira un tanto sorprendido, no lo culpo, armé esa historia bien en mi cabeza, según lo que he escuchado de mis amigas, visto en películas y leído en libros.

—Le puse todos los detalles, ¿no? —lo miro y termino mi vaso de whisky, no puedo creer que le esté diciendo la verdad. Me inventé toda una historia con uno de mis exenamorado, donde habíamos decidido tener relaciones sexuales, y una vez empezado el tema le fui agregando detalles, estaba todo mi grupo de amigos, que digamos no es muy extenso, somos cinco. Todos parecían estar muy emocionados con el relato, porque era divertido y fuera de lo común, pero aun así muy real, todos me creyeron, incluso Franco.

—¿Has pensado en ser escritora? O quizá... ¡Política!, eso deberías ser tú —nos reímos un largo rato y agregé después de terminar su vaso de whisky—. Si mientes tan bien, llegarás a la presidencia.

Franco volvió a servir, el fuego hacía ver sus ojos negros muy brillantes, los hielos se derretían y nuestros vasos rebosaban de licor, y yo tomo el mando ahora, con un simple ¿y tú?

—Yo sí.

Me mira con esos ojos que parecen perlas negras y sonrío, tan impecable.

—¿Con quién? —le pregunto y le doy un sorbito a mi vaso, solo para que no se derrame.

—Con muchas. —Se ríe, y toma hasta dejar la mitad del vaso.

—No te hagas el misterioso, y cuéntame. —Lo miro, yo también fijamente y pienso en la maravilla de la ortodoncia, y el gimnasio. Franco ahora es muy popular, muchas chicas han sido sus enamoradas y otras tantas lo han intentado, pero ninguna de ellas lo miraba cuando a los trece era un niño delgado, de dientes chuecos pero rostro hermoso.

—¿De quién quieres saber? —me quedo pensando y le doy pequeños sorbitos a mi whisky, pienso y suspiro—. ¡Tantas opciones tampoco hay, eh!, —dice burlándose de mi rostro pensativo.

—De la primera vez; de esa quiero saber —le digo resuelta, y termino mi vaso de whisky. Lleno el suyo hasta el tope y el mío hasta la mitad porque estoy empezando a marearme.

—Está bien —me mira, y parece buscar en su cabeza el recuerdo, me sorprende que parezca esforzarse tanto por alcanzarlo, siempre pensé que no se acostaba ni con la mitad de chicas con las que salía, porque está tan lleno de amor que lo siento incapaz de jugar con los sentimientos de alguien... Quizá allí está mi error, y es que no siempre que te acuestas con alguien le prometes amor eterno ¿no? Por lo menos no si es que eres una de aquellas chicas que usan pantalón blanco con tangas negras. No quiero ser mala persona, no quiero juzgar a esas chicas, después de todo, todos queremos amar.

—Bueno. —Franco termina su vaso, y se sirve otro, lo termina de golpe y se sirve nuevamente—. ¿Tanto

tienes que perder la cabeza para contarme? —se ríe, pero esta vez su risa es diferente, es nerviosa, me mira y las perlas negras que tiene por ojos parecen acuosas.

—Mi primera vez... mi primera vez fue con un amigo de mi padre, a los cinco años —se le quiebra la voz, y yo parezco haber dejado mi estómago en otra habitación, me siento vacía y destrozada.

Lo veo llorar, veo cómo las lágrimas caen por sus amplios pómulos, veo cómo ruedan por su nariz aguileña y caen a borbotones. Quiero decir algo, me sobo los ojos para tratar de no llorar, y cuando quito mis manos de ellos veo algo que sé que está solo en mi cabeza.

Veo a Franco, pero ya no veo al muchacho musculoso, de sonrisa perfecta y cabello corto; no... Veo al Franco que yo recuerdo a los cinco años, con un overol de *jean* manchado de ténpera y la rodilla izquierda agujereada por haberse caído en un partido de fútbol; veo al Franco de cinco años con dientes chuecos, bracitos delgados y cabello algo largo. Lo veo así, sentado en mi sala oscura, que se ilumina solo por el fuego de la chimenea, lo veo llorar amargamente, y me doy cuenta de que mi rostro está húmedo. Yo también estoy llorando.

¿Cómo no voy a llorar al escuchar algo tan horrible? Tan... malvado. No puedo hablar, porque no sé qué decir, no sé qué decir ante tal verdad, me paraliza el miedo, y la tristeza, me frustra el no saber qué

hacer para calmar al niño de cinco que llora en el cuerpo de alguien de diecinueve.

—Desearía no recordarlo, pero lo hago, por eso quiero que sepas que esto ya pasó —y veo cómo tiembla su labio inferior y las lágrimas no paran de caer— y quiero que tu primera vez sea con alguien que tú ames, y cuando tú lo decidas.

Me acerco, cautelosa, delicada y lo abrazo, por largo rato, observo el vaso de whisky vacío que Franco dejó en la mesa de centro, veo cómo los hielos han desaparecido para convertirse en agua, y me besa.

En medio de la tristeza, la confusión y la miseria; como la luz al final del túnel, Franco me besa.

No es un beso apasionado, ni un beso de confusión en busca de amor por la fragilidad del momento, simplemente es un beso perfecto; un beso del que no le hablaré a nadie nunca quizá, pero es un beso que me despierta y me hace saber que nunca había estado tan triste en toda mi vida como cuando Franco me contó lo que le habían hecho, un beso que me hizo entender que jamás había sido tan feliz como en ese instante.

